

Santo Tomás.

En aquella época yo era un hombre de pocas palabras, así que no dije nada cuando me enseñó la cicatriz. Era una herida limpia, rectilínea, apenas hundida y un poco grisácea que recorría parte de su pecho. No pude evitar acariciarla con las yemas de los dedos, de un extremo al otro. Luego, besé su surco y ella dijo que nunca nadie lo había hecho y yo me sentí como un santo Tomás henchido de confianza.

Fue entonces cuando me contó la historia de su enfermedad y su operación, que yo desconocía. Lo hizo como solía desde que nos conocíamos: parca y sin adjetivos, directa como aquel bisturí.

Lo más curioso de todo, acabó diciendo, es que me enamoré de mi cirujano. Fue un amor súbito... surgido tal vez de la anestesia, cuando mi espíritu vagaba por el quirófano y lo vio afanarse con delicadeza en mi carne. Lo cierto es que al despertar en mi habitación, ya lo amaba.

Muchos pacientes en las clínicas sufren complicaciones como panadizos que supuran y fiebres repentinas. En mi caso, la infección fue creciendo y creciendo, casi hasta volver a matarme. Me palpitaba el corazón al verle y contaba las horas que pasarían hasta que viniese y me tocara con sus dedos mágicos los contornos de la herida. Yo entonces me estremecía y él pensaba que era de dolor.

- ¿Duele?, me preguntaba, y yo decía que apenas, que un poco, pero que era un dolor agradable.

Él sonreía y volvía a colocar apósitos y esparadrapos pensando qué paciente tan sufrida. No creo que nunca me entendiera, que mi salvavidas fuera consciente de la inmensa capacidad de amar a la que puede llegar una mujer justo una semana después de haberse dado por muerta.

Luego, un día me hicieron firmar unos papeles y mis familiares me sacaron del hospital. Era el mes de febrero y la ciudad tiritaba con el aguanieve. Al llegar a casa, lo primero que hice fue tomar asiento frente al ventanal cubierto de lágrimas y también echarme a llorar.

- Dejádla, decían, seguro que le duele la herida.

Y era cierto. Un gran dolor me estremecía. Tanto, que tuvieron que dejarme sola durante semanas entre aquellas paredes, con el olor a comida de la vecina, los gritos por el patio y mi esposo.

Pensaba que la vida era algo extraño, algo cuya sustancia no reconocía ni quería admitir porque simplemente se había quedado, fundida en una aleación, sobre la camilla de acero en la que me acostaron.

Durante mucho tiempo, levantaba polvo al caminar y tropezaba con los pies que se negaban a levantarse del suelo. Acariciaba niños a los que les olía el cuero cabelludo como a perrillos. Contemplaba entre arcadas el agua sucia de lavar los cacharros girando en la pila. Pero poco a poco me acostumbré de nuevo a vivir igual que un amnésico dice que recupera la memoria, un poco de verdad, un tanto de mentira. Así con los muebles, las ropas, a bajar a la compra o al bar.

Pero durante meses seguí soñando a diario con mi amado. Todas las noches me despertaba esperando oír en cualquier momento el traqueteo del carro con los medicamentos por el pasillo. Incluso notaba en mi brazo la tirantez de la aguja y el suero. Entonces, llena de ansiedad, cogía la mano de mi marido y le obligaba a tocarme la herida, a recorrer con ella sus bordes un poco engrosados.

- Pero es una historia un poco triste, dijo incorporándose en el lecho, y ahora estoy aquí, feliz, contigo.

Además, añadió tumbándose para contemplar el techo, ahora hace tiempo que ya no sueño con él. Aunque tomando mi mano

- Y por cierto... sigo sintiendo un inmenso placer cuando me acarician la cicatriz, dijo guiando mis dedos.

Luego, al despedirnos, me confesó lo mucho que le gustaba sentir sobre ella los besos, sin importar que fueran de un extraño con tal de que llevase bata blanca.